

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE EL VOCABULARIO DE LAS INSCRIPCIONES IBERICAS, por Julio Caro Baroja.—Madrid 1946.

Por iniciativa, sin duda, de D. Julio Casares, Secretario perpetuo de la Real Academia Española, se observa con interés en las últimas entregas del *Boletín* de la citada docta Corporación, la publicación de una serie de trabajos acerca del problema de las inscripciones ibéricas, que tan enlazado está con el de los orígenes lingüísticos de la Península Ibérica.

Por de pronto, en el fascículo correspondiente a Enero-Abril de 1945, aparece un trabajo del propio Sr. Casares: **El silabismo en la escritura ibérica. Contribución a su estudio.**

Después, sigue el ensayo: **Digresiones ibéricas: escritura, lengua**, del académico Sr. Gómez Moreno (Septiembre-Diciembre, del mismo año).

A continuación, salen a luz las disquisiciones de dos distinguidos colaboradores de nuestro joven *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*.

El primero de ellos, D. Antonio Tovar, Catedrático de Latín y de Literatura latina de la Universidad de Salamanca, declara al principio de su escrito: "Era mi ambición contribuir a descifrar alguno de los textos ibéricos que en las tierras de Levante salen a luz, pero la esfinge ibérica no ha sido generosa conmigo, y, sin duda, me han faltado genio e inspiración, que es lo que para abrir senderos nuevos hace falta. En cambio, las inscripciones en letras ibéricas de la Celtiberia me han permitido recoger algunos resultados acerca de la lengua de los celtiberos y en algún caso señalar textos lingüísticos más viejos que los celtas: de ilirios ambrones, ligures o como quiera llamarse a esa mezclada invasión de gentes "arias" que decidieron las características predominantemente europeas de nuestra historia".

De aquí que el paciente estudio de nuestro docto amigo se intitule: **Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtiberos** (Enero-Abril de 1946).

Finalmente, D. Julio Caro Baroja publica su nueva investigación: **Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas** (Mayo-Agosto 1946).

De este estudio se ha hecho una tirada aparte, de la que el autor ha tenido la amabilidad de ofrecer un ejemplar a los *Amigos del País*, y otro al que escribe esta nota. El hecho de que la entrega de nuestro *Boletín* correspondiente al cuarto trimestre de 1946 esté ya casi cerrado, explica que este mi breve escrito no sea en realidad más que un simple anuncio de la nueva publicación del fecundo Director del *Museo del Pueblo Español*. Espero volver a citarla con más detalle en la continuación de mi reseña de la tesis doctoral del profesor Lafon.

Pero desde luego he de adelantar que la nueva disquisición del Sr. Caro Baroja es, a mi juicio, imparcial, metódica y bien documentada. El autor acostumbra a estar a la *page* en las materias de que trata.

El fin, declarado, del mismo, es "analizar algunos rasgos de la lengua (?) de las inscripciones, que se compara más comúnmente con la vas-

ca, sin fijarse en muchos casos en las advertencias que ya el mismo Schuchardt hizo a distintos autores que pretendían traducir e interpretar a base de esta última las transcripciones de Hübner, y que se equivocaran, no sólo al admitir aquéllas como definitivas, sino también al considerar al vasco como lenguaje fósil.

Se me antoja que esta tesis no se aleja mucho de la que inspiró mi artículo: **La Famosa inscripción Ibero-Vasca de un vaso de Liria** GUDUA DEITZDEA (Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, año 1, 2.º Trimestre).

En el párrafo que he copiado, Caro Baroja se refiere con razón al artículo **Zum Iberischen, Romano-Baskischen, Ibero-romanischen**, en el que Schuchardt demostró que unas palabras de una inscripción que Giacomino supuso vascas, no lo eran; y aún hay otro caso más elocuente, al que me referí en mi discurso de ingreso en la Real Academia Española. El del en otros tiempos célebre profesor de celta en la Universidad de Oxford, Sir John Rhys.

Publicó su trabajo: **The Inscriptions and Language of the Northern Picts** (1) en el que creyó haber descifrado dichas inscripciones de Escocia, & por el vascuence.

Le escribí pidiéndole autorización para traducirlo al castellano y publicarlo en la **Revista Internacional de los Estudios Vascos**, y, dando pruebas de probidad científica, y de gran modestia, me contestó con las siguientes palabras en inglés, que a continuación traduzco: "En cuanto a mi papel acerca de las Pictish Inscriptions, debiera decir a V. desde luego que no se considera que haya logrado probar conexión lingüística cualquiera entre los Picts y los Vascos, y temo que mis teorías acerca de Filología Vasca no son sólidas, así que quisiera más bien que no fuera publicado de nuevo".

También en esta ocasión, el encargado de sacar de su evidente error a Rhys fué Hugo Schuchardt, en su trabajo **J. RHY'S, The Inscriptions and Language of the Northern Picts**, publicado en **Literaturblatt für germ. u. rom. Philologie**, del año 1894. En fecha anterior, en 1877, había juzgado Schuchardt las **Lectures on Welsh philologie**, de Rhys, en **Literarisches Zentralblatt**.

Felicitemos a Caro Baroja, por su nuevo estudio.

J. de U.



MIS VEINTICINCO PRIMEROS AÑOS DE SACERDOTE, por el Dr. Angel de Chopitea Múgica.—Imp. Primitiva Casa Baroja. San Sebastián, 1946.

Celoso el autor, de la intimidad familiar de su propósito, no ha querido dar vuelo de ave, al opúsculo y le ha cortado las alas para que no tras-

(1) Extracto facticio de los **Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland**. El ejemplar de que dispongo se lo dedicó el propio Sir John Rhys (a quien conocí y con quien mantuve correspondencia) a nuestro común amigo el malogrado Butler Clarke, hispanista y arabista, profesor de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Oxford (Jesús College), quien me lo regaló a su vez.

pusiera un círculo reducido de próximos allegados. Se trata de "sugerencias íntimas del alma en diversos ministerios espirituales", y está justificado el recato; es por eso por lo que el Dr. Chopitea ha hecho un brevuario afectivo para parientes y amigos, no más. Después de todo es una exquisita atención que hemos de agradecerle unos y otros. Pero esto no nos obliga a comentarlo en voz baja; nosotros podemos tener de la confianza un sentido distinto sobre todo si, no violentando lo privado, puede servir de ejemplo en lo público.

Y, el brevuario a que nos referimos, es ejemplar; 25 años de sacerdocio constituyen, siempre, motivo de acendrado respeto; 25 años de sacerdocio llevados con amor profundo, con fino tacto social, con abnegado sacrificio en lo humano despertan, sobre el obligado respeto, una profunda admiración. Y este sentimiento no debe silenciarse nunca, por lo que tiene de justicia y por lo que puede servir de estímulo.

Los seculares, excesiva e indebidamente alejados en la mayoría de los casos, sobre todo en la primera juventud, de las intimidades parroquiales, quizá no hemos pensado lo bastante en el caso del joven sacerdote que acabados sus estudios y recibida la consagración para su alto ministerio, se encierra en la casa cural de un pueblecito para orientar y presidir la vida espiritual de sus vecinos, a pesar de que la literatura lo ha recogido repetidamente, aunque no siempre con el debido respeto. Sin embargo, en mucha menor escala, hemos tenido que pasar por parecida situación, salvadas las distancias, al enfrentarnos con la responsabilidad del primer destino. Y todos sabemos de las íntimas emociones del caso, y de las dificultades y angustias del momento. Si esto es así en lo seglar, donde las cosas tienen la apretada limitación de lo material y terreno, resulta impresionante al proyectarlo sobre el complejo y dilatado campo espiritual de una feligrésia. Sólo una probada vocación y el favor especial del Altísimo pueden dar la fortaleza precisa para salvar airosamente una situación tan moral y materialmente difícil.

Lisa y llanamente, por la naturalidad con que fluye el relato, pero con exquisita elegancia gramatical y preciosismo literario, nos cuenta el Sr. Arcipreste de Portugalte sus emocionadas impresiones en el primer destino de la parroquia de San Pedro de Izurieta. ¡Delicada y exaltada página de amor sacerdotal! Quien había de escribirla 25 años más tarde, no podía permanecer largo tiempo en tan apartado como humilde rincón. Y salta "de la aldea a la costa", como él dice, y, poco después, del pueblo a la capital y de la capital al arciprestazgo, dejando y llevándose de todos los lugares un entrañable y amoroso recuerdo que es la mejor prueba de la unión puesta en su elevado ministerio y de su capacidad para más altos destinos, todavía.

Los libros de recuerdos, tienen siempre un encanto particular; éste del Dr. Chopitea, que es de recuerdos espirituales, tiene, sobre el encanto, el aroma de su especial contenido.

M. C.—G.



LOS VERDADEROS ARTIFICES DE EL ESCORIAL Y EL ESTILO INDEBIDAMENTE LLAMADO HERRERIANO, por Amancio Portabales Pichel. 1945, Madrid.

Don Amancio Portabales Pichel se nos muestra en el libro que enca-beza esta recensión como un perfecto iconoclasta. El icono derribado en esta ocasión no es otro que Juan de Herrera, el tenido malamente, a juicio del comentador, por padre del estilo que, como las especies entomológicas, lleva el nombre de su descubridor.

Para Portabales, Herrera tiene muy poco que ver en la construcción de El Escorial, sólo fué arquitecto cuatro años antes de terminarse aquella genial obra y **nunca tuvo título de Maestro Mayor**. Tuvo también poco o nada que ver en el Alcázar de Toledo, en la fuente segoviana, en los riegos del Jarama y en la navegación por el Tajo. Por contra, tampoco puede presumir de humanista y filósofo, porque los escritos que aparecen como suyos **no tienen valor alguno, ni en el fondo ni en la forma**.

Todo ello aparece afirmado y confirmado con gran copia de documentos transcritos o fotocopiados con tanta profusión, que los unos se estorban a los otros en un conjunto abigarrado de incómodo aparejo. No cabe dudar de que el libro del señor Portabales tiene un valor intrínseco de colección documental, como lo tiene también de colección iconográfica, si las frecuentes ilustraciones que llenan sus páginas corresponden a retratos de época, lo que no nos dice ni parece verosímil.

No tengo competencia para entrar en la médula del asunto. Este compete mejor a los profesionales del arte que a los ratones de archivo. Pero si se me permitirán unas leves incursiones sobre terreno histórico.

Habré de decir en primer término que del cotejo del grafismo **conforme** común a las dos láminas de la página XCV del libro de Portabales, se derivan, a mi modesto entender, conclusiones absolutamente contrarias a las que deduce el autor.

Otra de sus afirmaciones es la que arriba queda registrada: la de que Herrera no tuvo título de Maestro Mayor en vida de Felipe II. Contra tan categórico aserto, hay que traer aquí la opinión muy autorizada de nuestro Esteban de Garibay. Era éste Cronista oficial de Felipe II, y, como se le sabe veraz, hay que suponerle asimismo bien informado. Pues bien, en el Título IV del Libro IV de sus Memorias, dice textualmente lo que sigue: "en 29 de abril viernes antes de medio día, entrando Su Magestad en Toledo con la serenísima Reina Doña Ana su muger, que nunca había visto esta ciudad, y el sábado siguiente por la mañana 30 del, subiendo yo en su alcázar, topé en el patio con Juan de Herrera, **maestro mayor** de sus obras..."

Tiene por lo demás el libro proyecciones sobre nuestra historia, tales como la referencia al famoso motín y huelga de los vizcaínos, determinados por un presunto desafuero contra la hidalguía general de que gozaron y se mostraron celosos nuestros antepasados, y las múltiples alusiones a la figura de Pedro de Tolosa, uno de los artífices más destacados en la obra escorialense.

Era éste a lo que parece hermano de doña Catalina de Tolosa, persona de las que más merecieron la estima de la gran Santa Teresa de Jesús. En relación con dicha dama, afirma el señor Portabales —y en esa afirmación parece bien acompañado— que fué esposa de Gil de Escalante, otro de los artífices de la empresa de El Escorial. Los escoliastas de Santa Teresa, entre los que hay que destacar al P. Silverio de Santa Teresa, mencionan a doña Catalina como viuda del rico comerciante burgalés Sebastián

de Muncharaz, cuyo apellido está pregonando a voces su oriundez vizcaína, sin que hagan mención de su posterior viudedad con Escalante. Ese apellido Muncharaz, que es también recogido en una leve biografía de doña Catalina de Tolosa, inserta entre otras en cierto libro anónimo impreso en Florencia en 1876, se transforma en Malaiz en las anotaciones del Marqués de San Juan de Piedras Albas, quien, como los anteriores, parece ignorar o silenciar el ulterior matrimonio de doña Catalina. Este, sin embargo, parece efectivamente realizado, a juzgar por investigaciones practicadas en los archivos sacramentales de El Escorial.

Esa doña Catalina, co-fundadora con Santa Teresa del Convento de Burgos, era vizcaína, según paladina declaración de la Santa, y claro es que el apelativo "vizcaíno" es, como sospecha el docto arquitecto de la Diputación madrileña, don Vicente Temes, aplicable por igual a guipuzcoanos y alaveses. Se conocen los linajes de Tolosa en Bermeo y en Oñate, sin que de momento pueda determinarse a cuál de los dos o a algún otro no conocido pudiera pertenecer tan esclarecida dama.

Aunque no haya presidido tal vez el acierto en toda la labor que ha emprendido el señor Portabales —y conste que, como antes digo, no pretendo entrar en la esencia de la tesis— es digno de ser felicitado por el considerable esfuerzo desarrollado en la defensa de su punto de vista.

F. A.



PEQUEÑOS ENSAYOS, por Pío Baroja. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

Baroja lleva publicados cerca de cien libros. Es, ante todo, se dice, un novelista excelente. Pero esta palabra, novelista, encierra en nuestros días tal indeterminación que no nos aclara nada. Desde que los escritores literarios han tomado en serio a "las ideas", sus obras se han vuelto enormemente complejas. Entre "Manen Lescaut", de Prevost y la "Montaña trágica", de Mann, hay un parecido bien escaso; no basta pensar que las define el ser obras de imaginación esencialmente, pues ocurre que ni Einstein ni Santo Tomás están escasos de ella, sino muy al contrario. Sin embargo, aunque Baroja pertenece desde luego a estas generaciones literarias que han mordido el árbol de la ciencia, no es un ejemplar puro de ellas y suele aislar en sus libros, con relativa autonomía, la composición novelesca y el tablado de las ideas.

Estos "Pequeños ensayos", interesantes y divertidos, son un buen exponente de su larga serie de "divagaciones apasionadas"; editados con amable factura, fueron escritos, al parecer, en París durante la guerra civil y, probablemente, vieron la luz en publicaciones hispanoamericanas.

En algunos ensayos Baroja discurre en torno a temas que le son familiares: la cultura, de cuyos frutos duda razonablemente, pues "El hombre no interesa a la ciencia"; los arios y las cuestiones raciales; la brujería y los fantasmas de todos los tiempos; las relaciones del arte con la patología. En otros aflora costumbres decaídas como el carnaval, los clowns y las profesiones pintorescas. Todo ello en ese estilo "directo, analítico e impresionista" que le hace inconfundible.

El trabajo de mayor encanto literario es, a nuestro juicio, "La noche en París"; la mágica transmutación de la gran ciudad en avenidas llenas de misterio y melancolía causada por "unas horas oscuras de silencio" es narrada con fina emoción estética. En él brota libremente esa veta romántica que es uno de los elementos más fuertes de su obra, aunque en ocasiones cierto lastre positivista la empañe. También en "La fecundidad de la mentira" revela una sobreestimación de la fantasía típicamente romántica e inactual.

Si la seducción de estas ideologías barojianas tenía algún secreto, D. Pío nos lo ha revelado en la primera frase que, con natural solemnidad, inicia sus "Memorias": "Yo no tengo la costumbre de mentir". La verdad de esta confesión anárquica y admirable da a sus libros ese latido de autenticidad que no puede ser olvidado.

P. de G.



ORDUÑA Y EL COLEGIO EN 1914, por Gregorio de Altube.—Nueva Editorial, S. A. San Sebastián.

Gregorio de Altube, ex-colegial revoltoso de Orduña, hoy preciosista y socarrón, actuó de mantenedor en una fiesta de "antiguos" del Colegio. Tuvo por tema rememorar ante los ojos y los oídos de los viejos compañeros, recuerdos de los días juveniles, escenas ya lejanas, revividas con la seguridad y precisión de quien ha pensado en ellas muchas veces.

El antiguo colegial llevó al Salón de Actos, sus ropas mejores: charol lustroso y refulgente, líneas y planos impecables en el planchado, y flores, muchas flores, como cuando iba a la Capilla en los sábados de Mayo. Llevó también la picardía de quien está de vuelta. Los oyentes, figuras como él de las escenas animadas por su verbo centelleante, reírían jubilosos, salvada que fuera la emoción del recuerdo, con la satisfacción de poder oír en alta voz, sin temor al Prefecto ni al eco de las paredes, sus travesuras escolares. Quizá el Padre no las escuchara con la misma despreocupación, no ya por los "antiguos" sino por los futuros, porque los hechos y las pasiones se repiten, y, aquella exposición, en labios de Altube, tenía la autenticidad de los documentos notariales. De todos modos habría de agradecerle el amoroso respeto al recuerdo en el que, justo es decirlo, no han convenido los ex-colegiales literatos con quienes los PP. de la Compañía no han tenido demasiada fortuna.

Sin embargo, de haber sido yo el P. Prefecto me hubiera dirigido al ex-colegial, al terminar su primorosa charla, y dándole tratamiento, para entonar la réplica, le habría dicho con discreta gravedad:

—Sr. Altube, he observado que durante la ceremonia se ha escapado usted del Colegio.

Y, aunque no se lo hubiera dicho, habría pensado que seguramente no lo había hecho, sólo para ver las chicas del pueblo.

M. C.-G.



APOTEGMAS, por C. Fuentecilla.—Ed. Shmoll. San Sebastián. 1945.

Este librito viene a ser una caja de comprimidos. Contiene, en efecto, bajo una envoltura leve, productos muy dosificados. Y esas dosis tan minimizadas se aplican unas veces como sedantes y otras veces como revulsivos. El efecto es siempre terapéutico, y para que todo tenga algo que ver con la medicina, lleva al frente una carta prólogo de Marañón.

Similes aparte, nuestro convecino don César Fuentecilla, talento protelco que ejercita siempre en inquietudes espirituales, ha dado por esta vez vacaciones al pentagrama y ha proyectado su aguda manera de ver las cosas sobre esas píldoras que son la quintaesencia de un prolijo razonamiento.

Condensar es arte mucho más difícil que ampliar. Es piedra de toque que ha servido para probar el ingenio de muchos prestigios literarios. Y de todos modos, si eso sabe a poco, en mano del señor Fuentecilla está el transformar cada apotegma en capítulo de un volumen de ensayos.

F. A.

